

<p>LIBRERIA</p> <p>"América Latina"</p> <p>Distribuye LETRAS en 18 de Julio 2043, G. (Galería Territorial) Montevideo</p> <p>★</p> <p>Agente en Florida: Roberto Rodríguez (Oribe 308)</p>	<p>CURTIEMBRE</p> <p>El Aguila</p> <p>de Wallerstein Hnos.</p>
<p><i>Hugo Núñez Ibarrca</i></p> <p>Local EL OMBU</p> <p>Ferías días 3 y 16 de c/mes</p> <p>Gallinal 587 Florida</p>	<p>BANCO DE CASUPA</p> <p>José E. Rodó 429</p>

GADI. Ituzaingó 530. Florida

2116

LETRAS

"Del alma perezosa no se saca fuego" — José Martí.



LAS ARMAS Y LAS LETRAS	Guido Castillo
COPLAS DEL PAYADOR PERSEGUIDO	Atahualpa Yupanqui
EL FRENO DEL ARTE	Jorge Albistur
EL REFRANERO DEL QUIJOTE	José Alberto Dibarboure
EL CUMPLEAÑOS	Juan José Morosoli

2116

Año II

N.º

6

FLORIDA

NOVIEMBRE DE 1966



S U M A R I O

	<u>Pag.</u>
Las armas y las letras — Guido Castillo	2
Copias del payador perseguido — Ateahualpa Yupanqui	6
El freno del arte — Jorge Arbibstur	17
El refranero del Quijote — José Alberto Diparbone	22
El cumpleaños — Juan José Marcos	26

Un año...

Nuestra revista, que deseamos sea de todos, cumple este mes su primer año.

No haremos un balance con respecto a sus posibles o efectivas resonancias, ni tampoco en lo que concierne a los propósitos que pudieron alcanzarse.

Sabemos que mucho nos queda por hacer, y que debemos hacerlo de la mejor manera posible. Por ello nuestra mirada, al cumplirse esta fecha, se tiende hacia adelante. Y nos exige esfuerzos aún más ingentes que los realizados. Trataremos de responder a ello.

Por último, nuestro agradecimiento a todos los que han posibilitado —desde sus diferentes ángulos de colaboración— el mantenimiento de LETRAS. A ellos, en forma especial, debemos las futuras actividades de superación.

GUIDO CASTILLO

LAS ARMAS Y LAS LETRAS

No es lo mismo moverse entre las cosas del mundo que andar por el mundo de las cosas. De lo uno, no podemos salir, por lo menos en este mundo, y a lo otro —todo mundo, aunque sea éste, siempre es un poco otro— casi nunca podemos entrar. Y el que entra y se pierde —es difícil perderse— en el mundo como tal, camina entre las cosas con los pasos seguros y livianos de un sonámbulo en un pretil, de un profesional del sueño.

Don Quijote es un profesional del sueño. Un soñador en acción. Un poeta en armas. Por eso, sólo él sabe tratar con amorosa justicia a la realidad y cada cosa se le hace un mundo. La poesía andante de este caballero está en que, al enfrentarse al mundo de las cosas, él ve lo que las cosas tienen de mundo y no lo que el mundo tiene de cosa.

"Aquí ha comenzado para mí —escribía Gerardo de Nerval— lo que yo llamaría el derramamiento del sueño en la vida real. A partir de ese momento, todo adquiría a veces un aspecto doble, —y esto, sin que el razonamiento careciera jamás de lógica, sin que la memoria perdiera los más ligeros detalles de lo que me sucedía. Solamente mis acciones, insensatas en apariencia, estaban sometidas a esto que se llama ilusión, según la razón humana..." A don Quijote también se le derramaron los sueños en la vida real, y tenía conciencia de ello. Sus palabras y sus razones están llenas de lógica, de cordura y de reposada sabiduría, sólo sus acciones son disparatadas e insensatas, porque están gobernadas por las ilusiones. La visión que el Ingenioso Hidalgo tiene del mundo es la de un espíritu esencialmente contemplativo y nostálgico, acostumbrado a mirar las cosas cercanas como si fuesen remotas y a descifrar el presente a la luz inmóvil de un pasado ideal. Sin embargo, lo que es propio de la contemplación poética es inadecuado para la actividad y la práctica. En

la contemplación del poeta las cosas aparecen como mundo, porque, sin dejar de ser lo que son, se transfiguran en todas las formas posibles, y, sin perder su sordo-muda intimidad cerrada, se trascienden a sí mismas, se prestan a la "universal analogía" y se irrealizan en espejos de los sueños. Atreverse a actuar en ese mundo, significa perder el asidero de la propia conciencia y de la razón, significa caer en la locura.

La locura de don Quijote consiste en esgrimir las armas con el estilo de las letras mágicas de sus libros. El es un hombre de letras, un poeta, que, puesto en la encrucijada de la realidad y el sueño, ha elegido los hechos en lugar de los dichos, perdiéndose en los vericuetos de la "caballería andantesca".

En el discurso de las armas y las letras dice don Quijote: "Es el fin y paradero de las letras, y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco encaminar y llevar las almas al cielo; que a un fin tan sin fin como éste ninguno otro se le puede igualar: hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justifica distributiva y dar a cada uno lo suyo, y entender y hacer que las buenas leyes se cumplan. Fin, por cierto, generoso y alto, y digno de grande alabanza; pero no de tanta como merece aquel a que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida".

Los que escuchaban estas y otras razones quedaron asombrados "de ver que hombre que, al parecer, tenía buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándole de su negra y pizmiencia caballería". Estamos seguros que si don Quijote se hubiera conformado con las letras humanas, habría escrito un libro exactamente igual al de Cervantes. Y este hombre de letras, que se ha entregado a la locura de las armas y que, paradójicamente, busca establecer con ellas el reino de la paz en esta vida, está, muchas veces, al borde de la santidad. El bueno y sabio Sancho —"si el necio persistiera en su necedad, escribía Blake, se volvería sabio"— que presiente las casi divinas y sagradas posibilidades del loco de su amo, le pregunta si no sería mejor

que los dos se hicieran santos, pues "mas vale ser un humilde frailecico, de cualquier orden que sea, que valiente y andante caballero" Don Quijote le contesta que no todos pueden ser frailes "y muchos son los caminos por donde lleva Dios a los suyos al cielo: religión es la caballería; caballeros santos hay en la gloria".

Alonso Quijano, el Bueno, es consciente de esa locura qui-jotesca que ha partido de la poesía y está a medio camino de la santidad. Locura que, por momentos, nos parece tan voluntaria y premeditada como una verdadera profesión de fe. Así cuando, en una de sus primeras aventuras, los mercaderes no quieren confesar que "no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso", porque no la han visto, don Quijote los fulmina con estas palabras definitivas: "Si os la mostrará, ¿qué hiciérais vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender; donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia. Que ahora vengáis uno a uno, como pide la orden de caballería; ahora, todos juntos, como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aquí os aguardo y espero, confiado en la razón que de mi parte tengo".

Aquí don Quijote hace profesión inequívoca del qui-jotismo, y pide fe donde los mercaderes quieren pruebas. El no se ha engañado en cuanto a la condición natural de esos comerciantes incrédulos, y sólo quiere darles la oportunidad de convertirse en caballeros andantes porque "cada uno es hijo de sus obras". Pero al oír que ellos insisten en atenerse a lo que ven y tocan, los trata como "canalla infame" y ralea de "mala usanza".

Novalis ha dicho: "De la fe depende el Mundo. Fe y prejuicio son una misma cosa. Tal como acojo una cosa, tal es ella para mí". De la fe de don Quijote en la caballería andante —que coincide con la fe de Cervantes en la novela— depende la realidad y, más que la realidad, el Mundo.

A medida que avanza el libro le cuesta a don Quijote más

dolor y más trabajo mantenerse en su locura y ser consecuente consigo mismo. En la Segunda Parte, el heroísmo se transforma cada vez más en una especie de sacrificio y de martirio, y las letras humanas de Cervantes están a punto de hacerse divinas. Al principio, don Quijote actuaba a pesar de todos y de todo y al final tuvo que dar un paso más y actuar también a pesar de sí mismo. Tuvo que creer con mayor fe que nunca, a pesar de su creciente incredulidad. Y así escribió Cervantes sus últimas novelas, a pesar de los otros y de sí mismo, a pesar de la realidad y a pesar de la novela.

Recurriendo otra vez a Novalis, encontramos dos maravillosos fragmentos que pueden servir como los mejores comentarios al caso de Cervantes y su héroe. El primero dice: "La vida es una enfermedad del espíritu, una acción apasionada". Y el segundo: "Quien concibe la vida de otra manera que como una ilusión que se aniquila a sí misma, es aún prisionero de la vida".

¿Qué otra cosa son la existencia de don Quijote y la novela de Cervantes sino una misma ilusión que se aniquila a sí misma? Ambos lo saben y, por eso, los últimos actos del personaje y las últimas letras del autor están casi enteramente libres de la vida.

G. C.



ATAHUALPA YUPANQUI

COPLAS

del Payador perseguido

Por demás conocido resulta Atahualpa Yupanqui, como para ser presentado a los lectores. Su constante producción lo revela como una de las personalidades más importantes dentro de la literatura folklórica, y —por lo tanto— de aquella que expresa las más hondas raíces de nuestro sentir.

Ofrecemos ahora una de sus últimas creaciones, muy escuchada por el público y cabalmente apreciada por quienes saben sentir el drama aún vigente de muchos trabajadores. Mas tal exposición militante contra la injusticia no ahoga en Yupanqui al auténtico poeta que sabe calar hondo en la realidad que vive. De ahí su vigencia, que evoca —resulta obvio— al “Martín Fierro” de Hernández, con el cual mantiene estrechas afinidades.

RELATOS POR MILONGA

Con permiso voy a entrar aunque no soy convidado pero en mi pago un asao no es de naides y es de todos yo voy a cantar a mi modo despues qui higa churrasqueao. Yo se que muchos dirán que peco de atrevimiento si largo mi pensamiento pal rumbo que ya elegi pero siempre he sido así

galopador contra el viento. Eso lo llevo en la sangre desde mi tatarabuelo gente de pata en el suelo jueron mis antepasao criollos de cuatro provincias y con indios misturao. Mi agüelo jué carretero mi tata jué domador nunca se buscó dotor pues se curaba con yuyos

o escuchando los murmullos di'un estilo de mi flor
Como güen rancho, paisano,
nunca faltó una encordada
d'esas que paresen nada
pero que son sonadoras
sigün el canto y la hora
quedaba el alma sobada
Mi tata era sabedor
de lo mucho que ha rodado
y despues que había cantado
destemplaba cuarta y prima
y le echaba un poncho encima
pá que no hable demasiao
La sangre tiene razones
qui hacen engordar las venas
penas sobre pena y pena
hacen qu'uno pegue el grito
la arena es un puñadito
pero hay montañas di arena
No sé si mi canto es lindo
o si saldrá medio triste
nunca juí zorzal ni existe
plumaje más ordinario.
Yo soy pájaro corsario
que no conoce el alpiste.
Vuelo porque no me arrastro
que el arrastrarse es la ruina,
anido en árbol de espina
lo mismo qu'en cordillera
sin escuchar las sonceras
del que vuela a lo gallina.
No me arrimo así nomás
a los jardines floridos.
Sin querer vivo alvertido
pá no pisar el palito.

Hay pájaros que solitos
se entrampan por presumidos.
Aunque mucho he padecido
no m'engrilla la prudencia
Es una falsa experiencia
vivir temblándole a todo
Cada cual tiene su modo,
la rebelión es mi cencia

* * *

Yo soy de los del montón
No soy flor de invernadero
Soy como el trébol campero
crezco sin hacer barullo,
me apreto contra los yuyos
y así lo aguanto al pampero.
Acostumbrao a la sierra
yo nunca me sé mariar
y si me siento alabar
me voy yendo dispacito,
pero aquel qu'es compadrito,
paga p'hacerse nombrar.
Si alguien me dice: “Señor”,
agradezco el homenaje,
mas soy gaucho entre el

[gauchaje
y soy nada entre los sabios,
y son p'a mi los agravios
que l'iagan al paisanaje.

* * *

La vanidad es yuyo malo
qu'envenena toda huerta
es preciso estar alerta
manejaendo el asador.
Pero, no falta el varón
que la riegue hasta en su puerta

* * *

El trabajo es cosa güena,
es lo mejor de la vida
pero, la vida es perdida
trabajando en campo ajeno
Unos trabajan de trueno
y es de otro la llovida.
Trabajé en una cantera
de piedritas d'iafilar,
cuarenta solian pagar
por cada piedra pulida,
y era seis pesos, vendida
en eso del negociar.
Apenas el sol salía
ya andaba a los martillazos
y entre dos a los abrazos
con los tamaños pedrones,
y por esos moldejones
con las manos hechas pedazo.
Otra vez juí panadero,
hachero en un quebrachal,
he cargao bloques de sal
y tambien he pelao caña,
y un puñado de otras hazañas,
pa mi bien o pa mi mal.
Buscando de desasnarme,

juí pinche d'escribanía.
La letra chiquita hacía
pa no malgastar sellao
y era, tambien, apretao
el suelo que recebía.
Cansao de tantas miserias
me largué p'al Tucumán;
lapacho, aliso arrayán
y hacha con los algarrobos
por \$ 2.50 era robo
pa qui'uno tenga ese afán.
Sin estar fijo en un lao,
en toda labor le hacía
y así sucedió qu'ün día
qui'andaba de benteveo
me topé con un arreo
que desde Salta venía
Me picó ganas de andar
y apalabré al capataz
y así de golpe, nomás,
el hombre me preguntó:
-"Tiene mula-" "-Como no"-
le dije —"y hambre de más".
A la semana de aquello
repechaba cordilleras,
faldas, cuestras y laderas
siempre p'al lao del poniente,
bebiendo agua de vertiente,
y aguantando la solera.
Tal vez otro ya ha rodao
tanto como he rodao yo
y le juro, creameló,
qu'he visto tanta pobreza
que yo pensé con tristeza:
Dios por aquí no pasó.
Se nos despenió una vaca

a causa de la serrazón
y nos pilló la oración
cueriando y haciendo asao,
desde ese día, cuñado,
se me gastó mi facón.

* * *

Me sacudí las escarchas
cuando bajé de los Andes
y anduve en estancias grandes:
cuidando unos parejeros,
trompeta, tapa y sombrero,
pero pá los pioneros... ¡di'ande!
El estanciero tenía
también su cañaveral,
en los tiempos otoñales
juntábamos los andrajos
y nos íbamos pá'bajo
dejando los pedregales
Allí nos amontonaban
en lotes, con otros criollos
Cada cual buscaba un hoyo
donde quinchar su guarida,
y pasábamos la vida
rigoríao y sin apoyo.
Faltar, no faltaba nada;
vino, café y alpargatas.
Si habré revoliao las patas
en gatos y en chacareras,
recien la cosa era fea
al ir a cobrar las latas.
Que vida mas dispareja

todo es ruindad y patraña.
Pelar caña es hazaña
d'el que nació pal rigor
Allá habia un solo dulzor
y estaba d'entro e la caña.

* * *

Era un consuelo p'al pobre
andar jediendo a vinacho,
hombres grandes y muchachos
como malditos en vida,
esclavos de la bebida
se lo pasaban borrachos.
Tristes domingos del surco
los que yo he visto y vivido.
Desparramao y dormidos
en la arena aparecían,
a lo mejor soñarían
con la muerte o el olvido.
Riojanos y santiaguieños
salteños y tucumanos,
con el machete en la mano
voltiaban caña madura
pasando las amarguras
y aguantando como hermanos.
Rancho techao con maloja
vivienda del pelador.
En medio de ese rigor
no faltaba una vigüela
con que el pobre se consuela
cantando coplas de amor.
Yo tambien que desde chango

unido al canto crecí
mas de un barato pedí
y pa los pioneros cantaba,
lo que a ellos les pasaba
tambien me pasaba a mi.
Cuando yo aprendí a cantar
andaba con pocos royos
y en la orilla del arroyo,
bajo las ramas de un sauce,
crecí, mirando en el cauce
mis sueños de pobre criollo.
Cuando senti una alegría,
cuando el dolor me golpió,
cuando una duda mordió,
desde el fondo de los llanos
vino un canto y me curó.

* * *

En esos tiempos pasaban
cosas que no pasan ya
cada cual tenia un cantar
o copla y anohecida,
formas de curar la herida
que sangra en el trajinar.
Algunos cantaban bien,
otros pobres, más o menos,
mas no eran cantos ajenos
aunque marcas no tenían,
y todos se entretenían
guitarreando hasta el desvelo.
Por ahi, si llegaba un maistro
de esos puebleros letrao,

juntaba tropa de versiao
qu'iban despues a un libraco
y el hombre forraba el saco
con lo que otros han pensao.
Los peones formaban versos
con los antiguos dolores,
despues vienen los señores
con un cuaderno en la mano,
copian el canto, paisano,
y presumen de escritores.
El criollo cuida su flete,
su guitarra y su mujer:
siente que enfrenta un deber
cada vez que da la mano
y aunque pa todo es baqueano
solo el canto ha de perder.
Coplas que lo acompañaron
en las quebradas desiertas,
aroma de flores muertas
y de patriadas vividas,
fueron la luz encendida
para sus noches despiertas.
Se aflige si se le pierde
un bozal o un maniador,
pero no siente furor
si al escucharle una trova,
viene un pueblera y le roba
su mejor canto de amor.
De seguro, si uno piensa,
le haya el nudo a la madeja
porque la copla mas vieja
como la raiz de la vida,
tiene el alma por guarida
qu'es ande anidan las quejas.
Por eso el hombre al cantar
con emoción verdadera,

hecha su pena pá'juera
pá que la lleven los vientos
y ansi siquiera un momento
se alivia su embichadera.
No es que no ame su trova
ni desprecee su canto,
es como cuando un quebranto
en la pena de los llanos
hace aflojar al paisano
y el viento se lleva el canto.
En asuntos de cantar
la vida nos va enseñando
que solo se va volando
la copla que es livianita,
siempre caza palomitas
cualquiera que ande cazando.
Pero si el canto es protesta
contra la ley del patrón,
se arrastra de piñon a piñon
en un profundo murmuyo
y marcha al ras de los yuyos
como chasque en un malón.
Se pueden perder mil trovas
ande se canten quereres,
versos de dicha y placeres
ruedas de diversiones,
suspiros de corazones
y líricos pareceres.
Pero si la copla cuenta
del paisanaje, la historia,
ande volteja la noria
de las miserias sufridas,
esa se queda prendida,
como abrojo, en mi memoria.
Lo que nos hizo dichosos
tal vez se pueda olvidar.

Los años en su pasar
mudarán los pensamientos
pero angustias y tormentos
son marcas que han de durar.

* * *

Estas cosas que yo pienso
no salen por ocurrencia
para formar mi experiencia
yo masco antes de tragar
Ha sido largo el rodar
donde saqué la alvertencia.
Si uno pulsa la guitarra
pa cantar cosas de amor.
de potro, de domador,
de la sierra y las estrellas
dice: "Qué cosa más bella,
si canta qu'es un primor".
Pero si uno como Fierro
por ahi se larga opinando,
el pobre se va acercando
con las orejas alerta
y el rico vicha la puerta
y se aleja reculando.
Debe trazar bien la melga
quien se tenga por cantor
porque solo el impostor
se acomoda en toda güeya,
que elija una sola estrella
quien quiera ser sembrador.
En el trance de elegir
que mire el hombre pa dentro

donde se hacen los encuentros
de pensares y sentires,
dispués que tire ande tire
con la concencia por centro.
Hay diferentes montones:
unos grandes, otros chicos;
si vá pal montón del rico
el pobre que piensa poco,
detrás de los equívocos
se vienen los perjudicos.

* * *

Yo vengo de muy abajo
y muy arriba no estoy
al pobre mi canto doy
y así lo paso contento
porque estoy en mi elemento
y ahí valgo por lo que soy.
Si alguna vuelta he cantao
ante panzudos patrones
he picaneao las razones
profundas del pobrerío,
yo no traiciono a los míos
por palmas o patacones.
Aunque canto en todo rumbo
tengo un rumbo preferido
siempre canté estremecido
las penas del paisanaje,
la explotación y el ultraje
de mis hermanos queridos

* * *

Pa que cambiaran las cosas
busqué rumbo y me perdí,
al tiempo cuenta me dí
y agarré por güen camino
antes que nada Argentino
y a mi bandera seguí.
Yo soy del norte y del sur,
del llano y del litoral
y naides lo tome a mal
si hay mil gramos en el kilo,
ande quiera estoy tranquilo
pero ensiyao soy bagual.
El cantor debe ser libre
pa desarrollar su cencia
sin buscar la convenencia,
ni ajuntarse con padrinos,
de esos oscuros caminos
yo ya tengo la experiencia.
Yo canto por ser antiguo
cantos que ya son eternos
y hasta parecen modernos;
por lo que en ellos vichamos;
con el canto nos tapamos
para entibiar los inviernos.
Yo no canto a los tiranos
ni por orden del patrón,
el pillo y el trapalón
que se arreglen por su lado
con payadores comprados
y cantores de salón.
Por la juerza de mi canto
conozco celda y penal.
Con fiereza sin igual
más de una vez juí golpeao
y al caloboza tirao
como tarro al basural.

Se puede golpear a un hombre,
pueden su rostro manchar,
su guitarra chamuscar,
pero el ideal de la vida
esa es leñita prendida
que naides ha de apagar.
Detras del ruido del oro
van los maulas como hacienda
no hay flojo que no se venda
por una sucia moneda,
mas siempre en mi patria queda
criollaje que la defienda.

* * *

No tengo ande cairme muerto,
ni rancho, ni china, ni nada
y pa pior la milicada
me tiene a mal trajinar
porque no dentro a jugar
donde hay barajas marcadas.
Yo no soy un criollo malo,
defiendo la honestidad,
una sola es mi maldad
y se las voy a decir:
con todito mi sentir
me gusta la libertad.
Me gusta cinchar parejo
cuesta arriba o ande sea
si mucho se traquetea
por eso no me acucarro
pero no aguanto panzones
que viajen adentro el carro.

* * *

La vida me jué enseñando
lo que vale una guitarra
por ella anduve en la farra
talvez hecho un estropijo
y casi me agarra el vicio
con sus invisibles garras.
Menos mal que llevo adentro
lo que la tierra me dió,
patria, raza o que se yo,
pero que me iba salvando
y así seguir caminando
por los caminos de Dios.
La cosa estaba al pensar,
que al pulsar un instrumento
hay que dar con sentimiento
toda la juerza campera,
pero nadies larga ajuera
si no tiene nada adentro
Una canción sale fácil
cuando se quiere cantar,
cuestión de ver y pensar
sobre las cosas del mundo,
si el río es ancho y profundo
cruza quien sabe nadar.
Que otros canten alegría
si que alegres han vivido
que yo tambien he sabido
dormirme en esos engaños,
pero han sido más los años
de porrazos recibidos.
Naides podrá señalarme
que canto por amargao,
si he pasao lo qu'he pasao

quiero servir de advertencia
el rodar no será cencia
pero tampoco es pecao.
Con los tumbos del camino
s'entran a torcer las cargas
pero es ley qu'en güeva larga
deberán acomodarse
y aquel que llega a olvidarse
las ha de pasar amargas.

* * *

Cantor que cante a los pobres
ni muerto se ha de callar
pues ande vaya a parar
el canto en ese cristiano
no ha de faltar el paisano
que lo haga resucitar.
El estanciero presume
de gauchismo y arrogancia
el cree qu'estravagancia
que su pion viva mejor,
mas no sabe ese señor
que por su piön tiene estancia
Aquel que tenga sus riales
hace muy bien en cuidarlos
pero si quiere aumentarlos
que a la ley no s'iaga el sordo
que en todo puchero gordo
los choclos se vuelven marlos.

* * *

Una vuelta, sin trabajo,
andaba por Tucumán,
y en una fonda ande van
cantores, de madrugada,
me acerqué pa una payada
que siempre ha sido mi afán.
Aunque extrañando la monta
me le apilé a un instrumento
y al cabo de algún momento
le di puerta a una baguala
con una coplita rara
d'esas que yevan los vientos
Tal vez juera la guitarra
tan linda como sonara,
mi corazón remontaba
tristezas de los caminos
y yo maldije al destino
que tantas penas me daba.
Un hombre se me acercó
y me dijo "¿Que hace acá,
viaje pa la gran ciudad
que allá lo van a entender
y tendrá fama, cartel
y plata pa regalar".
Pa que lo habré escuchao
si era la voz del mandinga.
Buenos Aires, ciudad gringa
me tuvo muy apretao,
tuitos se me hacían a un lao
como "cuerpo" a la jeringa,
y eso que no juí de pobre
pues traiba alpargatas nuevas,
las viejas pa cuando llueva,
en las alforjas metí,
un pantalón color gris
y un saco tirando a vela.

Saltando de radio en radio
anduve, figuresé.
Cuatro meses me pasé
en partidas malogradas
naides asiguraba nada
y sin plata me quedé.
Vendí mis lindas alforjas,
mi guitarra la vendí,
en mi pobreza, ay de mi,
me hubiera gustao guardarla
tanto me ha costao comprarla,
pero al fin, todo perdi
Vigüela donde andarás,
que manos te están tocando
noches eternas pensando
siquiera, para consuelo,
que sea un canto d'este suelo
lo que t'estén arrancando.
Cuando el máiz está en

[barbecho

luce un color brillantón
las hebras como un "nailón"
presumen por su lindeza
pero agachan la cabeza
si las agarra el carbón.
Igual me pasaba a mi
en aquellos tiempos idos
jóven, juerte, presumido
y cuando se acabó el queso
volví en un triste regreso
poblada el alma de olvido.
Cosa de la juventud
malaya, ¿dónde andarás?
aura que estoy batará
de tanto cambiar de pelo
ricuerdo aquellos desvelos

pero no miro p'atrás.
Me volví pa Tucumán
nuevamente a padecer
y en eso de andar y ver
se pasaron muchos años
entre penas, desengaños,
esperanzas y placer
mas no jué tiempo perdido
asigún lo ví dispues
porque supe bien como es
la vida de los paisanos,
de todos me sentí hermano,
del derecho y del revés.
Siempre recuerdo los tiempos
en que guapiando pasé,
los cerros que atravesé
buscando lo que no hallaba
y hasta a veces me quedaba
en esos campos de a pie.

* * *

Yo he caminao por el mundo
he cruzao tierras y mares
sin fronteras que me paren
y en cualesquiera guarida
yo he cantao, tierra querida,
tus dichas y tus pesares.
A veces caiban al canto
como vacaje a la aguada
para escuchar mis versadas
hombres de todos los vientos,
trenzando sus sentimientos
al compás de la encordada.

Pobre de aquel que no sabe
del canto las hermosuras.
La vida, la más oscura,
la que tiene más quebranto
hallará siempre en el canto
consuelo pa su tristeza.

* * *

Dicen que no tienen canto
los ríos que son profundos
mas yo aprendí en este mundo
que el que tiene más hondura
canta mejor por ser hondo
y hace miel de su amargura.

* * *

Amigos voy a dejar
ésta mi parte cumplida
en la forma perseguida
de una milonga pampeana,
canté de manera llana

ciertas cosas de mi vida.
Aura me voy no se adonde
pa mi todo el mundo es güeno,
los campos con ser ajenos
los cruzo di un galopito,
guarida no necesito.
yo se dormir al sereno.
Siempre hay alguna guarida
en la falda de una sierra
y mientras siga esta guerra
de injusticias, para mi,
yo he de pensar desde allí
canciones para mi tierra.
Y aunque me quiten la vida
o engrillen mi libertá
y aunque chamusquen, quizá
mi guitarra, en los fogones
han de vivir mis canciones
n'el alma de los demás.
No me nuembren qu'es pecao
y no comenten mi trino,
yo me voy con mi destino
p'al lao donde el sol se pierda
tal vez alguno se acuerde
que aquí cantó un argentino.

FIN

EL FRENO DEL ARTE

J
O
R
G
E

A
L
B
I
S
T
U
R

El Prof. Jorge Albistur, asiduo colaborador de LETRAS, acaba de publicar su primer libro, en el que recoge una serie de ensayos publicados con anterioridad.

EL RUMOR DE LAS HOJAS evidencia las reflexiones de un lector atento y estudioso, sobre las obras de Dante, Shakespeare, Victor Hugo, Antonio Machado... "Se trata en todos los casos, aunque la razón no pueda ser cabalmente explicada, de la gran literatura. Sin remedio —prosigue en sus palabras iniciales— repetiremos un lugar común: esta literatura recoge una experiencia totalizadora de la vida y nos proporciona el signo de ella".

El goce del lector corriente se amalgama en estos ensayos con un pensamiento serio, sólido y cálidamente elaborado, reflejo de una acendrada vocación en persistente acrecentamiento, que sabe captar los rasgos significativos de obras y autores estudiados. Ello se expresa mediante un estilo remansado que trasunta, no obstante, un fervor ajeno a toda pose o estridencia inútil.

Las palabras finales de Albistur, de más está decirlo, reiteran su actitud central: "A nadie extrañaría, pues, éste, nuestro sincero deseo: quisiéramos ver mañana como muy pequeñas estas reflexiones contenidas en el libro de hoy". Publicamos a continuación, uno de sus estudios decidaos a Dante.

T. S. Eliot, crítico, poeta y ensayista inglés, ha escrito: "Dante y Shakespeare se reparten el mundo moderno entre ellos; no existe un tercero". Reducciones como ésta —aventuradas y de valor relativo— sólo parecen razonables cuando las autoriza, como en este caso, una fama bien ganada. Nos viene a la memoria otra síntesis, mucho más intrépida y ya no de la literatura moderna, sino de la de todos los tiempos. Victor Hugo la resumía en sólo tres nombres: Biblia, Homero y Shakespeare.

El estudio de Eliot sobre Dante, incluido en *Los poetas metafísicos*, puede servir como ejemplo de una crítica no sistemática y ajena a toda intención científica. El crítico dice sus impresiones como si fuera un lector común. Se coloca también en

la situación de un joven aprendiz de poeta y afirma: Dante hará siempre un daño menor que Shakespeare a quien intenta sus primeros versos. Tiene este último un estilo de gala y en consecuencia imitable en sus caracteres exteriores; pero ellos, huérfanos de las virtudes de Shakespeare, sólo podrían resultar disonantes. La imitación torpe del inglés producirá pues, casi de seguro, una poesía pomposa y ridícula. Si por la senda de Dante se marcha sin talento, el resultado será, en cambio, a lo sumo insulso. Un simple aficionado a la literatura no recoge mala cosecha si lee la **Comedia** con largo estudio y grande amor, tal como el propio Dante confiesa haber leído a Virgilio. En principio, y prolongando apenas los pensamientos de Eliot, educará su gusto estético en la sobriedad y el vigor: jamás en el adorno superfluo.

En la obra del genio italiano pudo Goethe haber hallado la justificación de una de sus mejores enseñanzas: ante todo, el plan. En la **Comedia**, el plan es lo primero que se admira. Por lo común, el artista procura disimularlo, como si lo concibiera al servicio de la excelencia de su obra y no una de las razones de esta misma excelencia. Dante, en cambio, ostenta su labor intelectual en la construcción, de tal modo que la sabia estructura puede gustarse como un valor más. El plan es aquí no sólo una coherencia esencial, sino un celo en el juego de correspondencias internas de la obra y un equilibrio siempre observado en las relaciones entre las partes y el conjunto.

No nos referimos ahora solamente a los sistemas de estructura exterior, siempre tributarios de las calidades verdaderamente artísticas. Estos sistemas serían, por ejemplo, la osatura teórica del mundo dantesco —expuesta en los cantos XI del **Infierno**, XVII del **Purgatorio**, IV XIV, XX y XXI del **Paraíso**— y las conocidas relaciones numéricas, basadas en la trinidad. El análisis de ellos bastaría —por cierto— para mostrar ciencia y paciencia de un escritor que poco fía en la inspiración y lo momentáneo. Pero un plan más imponderable para el lector —y más difícil de cumplir para el poeta— se aprecia en el constante crecimiento de intensidad, graduado con mano maestra. En este

sentido, pocas obras exigen como la **Comedia** una lectura continuada de principio a fin. El **Quijote** puede ser gustado en algunos fragmentos bien elegidos sin que se altere, por lo menos sustancialmente, la unidad de efecto. Si, en cambio, se realiza una lectura incompleta de la **Comedia**, se dañará siempre la impresión general que este mundo debe producir.

El canto XXXIII del **Paraíso** puede servir como el ejemplo más cabal de esta afirmación. Si se lo lee aislado, se empobrece notoriamente y aún es legítimo que algún lector —conociéndolo a modo de fragmento— lo juzgue fracasado y decepcionante: ¿cómo podía triunfar el poeta, al fin y al cabo, habiéndose propuesto narrarnos su visión de Dios? Ocurre que este canto sólo entrega el total de su belleza a quien pueda sentirlo como una culminación y el resultado de tensiones largo tiempo acumuladas. Quien ha seguido todo el viaje y ha apreciado palmo a palmo los esfuerzos del poeta, gustará la mezcla de ardor y fatiga con que Dante libra su última batalla para expresar lo inefable.

Una relectura permite alcanzar las dimensiones justas de cada pasaje y la **Comedia** se valoriza en este segundo acercamiento. Las escenas se iluminan unas a otras. Por ejemplo: no se mide adecuadamente la angustia y el horror de la selva oscura —canto I del **Infierno**— si no se conoce el **Paraíso**. Los mundos luminosos de la bienaventuranza explican, por contraste, la desesperación del comienzo. Un caso extremo de lo que estamos diciendo es el canto XXXIV del **Infierno**, siempre chocante en la primera lectura. Basta reunir dos o tres detalles para recomponer la atmósfera de este canto: un repulsivo murciélago es lo que queda del ángel caído; de sus tres barbas gotea el llanto y la baba; los poetas, para salir por fin del **Infierno**, trepan por las piernas de Lucifer, aferrándose a los pelos. Tan sorprendente es la suma de rasgos grotescos, que Eliot aconseja a quien lea por primera vez la **Comedia**, el siguiente procedimiento: suspender en el canto XXXIII de la parte inicial y volver desde allí a la inscripción de la puerta del **Infierno**, en el canto III. Ahora bien: habiendo leído el **Paraíso**, se admira la

audacia y el cálculo con que el poeta ha pintado el grado más hondo de condenación. Su interés era, en el trozo aludido, desagravar con la mayor violencia posible y el éxito ha sido completo.

Apasionarse de acuerdo a un plan: esta paradoja —que burlescamente propone Mefistófeles a Fausto— se realiza en la *Divina Comedia*. Hay un orden perfecto; pero toda rigidez queda conjurada por el esplendor de una fuerza que no cesa y es la marca del genio dantesco, aún cuando el poeta explique el origen de las manchas lunares. Esta fuerza, al mismo tiempo, es vigilada por una reserva constante de razón. El *Paraíso*, la cántica más difícil del poema, podría ser comentada adecuadamente mediante las palabras con que Eupalinos —el arquitecto de Valéry— delimita la dificultad mayor de la poesía: “**encadenar el análisis a un éxtasis**”.

Donde este vigor resulta más aparente y fácil de apreciar es, por supuesto, en el estilo. Los ejemplos podrían multiplicarse al infinito. En el canto XIX del *Infierno*, los Papas simoníacos están metidos dentro de agujeros tallados en la roca. Sólo se ven las piernas, agitándose en el aire para aliviar las quemaduras del fuego que las rodea. En esta situación se lee el verso siguiente:

“di quel che si piangeva con la zanca”,
 (“de aquel que así lloraba con la pierna”).

No es preciso comentar el poder de síntesis demostrado en estas palabras. Será útil, en cambio, para comprender por qué se lee poco a Dante, copiar aquí la traducción de Aranda San Juan, reputado el mejor traductor de la *Comedia* al español: “**aquel que daba tantas señales de dolor con los movimientos de sus piernas**”. Esta latosa descomposición y análisis de todo ahuyenta a la poesía. Véase cómo regresa en este otro verso, del canto XXV del *Purgatorio*:

“guarda il calor del sol che si fa vino”
 (“mira el calor del sol que se hace vino”).

Particularmente en el *Infierno* se hace necesario no desarrollar el verso dantesco: no ampliarlo ni hacer perifrasis. De sobra se comprende que esto amenaza el nervio del estilo, si se tiene en cuenta que el poeta, según propia confesión, quiso lo-

grar allí una poesía “áspera y fuerte”. Aranda, por ejemplo, muestra una prevención enteramente perjudicial en trozos que —según parece— consideró de mal gusto. Nos viene a la memoria un verso del canto XXXII del *Infierno*:

“io premerei del mio concetto il succo”

Literalmente, esto quiere decir “yo exprimaría de mi concepto el jugo” y Aranda traduce: “expresaría mucho mejor la esencia de mi pensamiento”.

Estos casos bastan para advertir un vigor nacido de la contención voluntaria. El verso deja en torno un campo siempre vasto de sugerencias. Es muy sabido, por otra parte, cómo Dante es a veces intencionalmente ambiguo. Son célebres, al respecto, los finales reticentes de dos episodios: el de Francisca y el de Ugolino.

Idéntica contención aparece bajo las formas más diversas —incluso la pareja longitud de los cantos— y el propio poeta, en el canto XXXIII del *Purgatorio*, ha hablado del “freno del arte”. Cuando teme ser sacudido en exceso por su asunto, se ahorra cautelosamente:

“Allor mi dolsi, e ora mi ridoglio
quando drizzo la mente a ciò ch'io vidi,
e più lo'ingegno affreno ch'io non soglio”,
 (“Entonces me dolí y ahora nuevamente, cuando la mente dirijo
a lo que ví, y más freno el ingenio de lo que suelo”: Inf. XXVI).

En el canto XXXII del *Infierno* Dante se encuentra en el vasto mar de hielo que castiga a los traidores. Y se le oye decir, no sin sorpresa: desde entonces, no puedo mirar los estanques helados. No se trata quizá de una mera ficción literaria. Lo que este hombre inventa se vuelve, para él mismo, mundo obsesivo y amenazante. Sólo una disciplina del espíritu impide que el poeta quede del todo preso en ese mundo y le permite transmitir lo que ve. Léase: lo que imagina. Puede ser útil aquí esta otra reflexión de Paul Valéry: para narrar un sueño hay que estar bien despierto. El acto de escribir será pues, forzosamente, tanto más perfecto cuanto más lúcido y no por azar el mayor elogio de Dante a un poeta provenzal, es el juicio sobre Arnaut Daniel, en el canto XXVI del *Purgatorio*:

“fu miglior fabbro del parlar materno”
 (“fue mejor obrero del materno hablar”).

J. A.

El Refranero del Quijote

Voz de la sabiduría, dice de los refranes Salomón, como se ha dicho, asimismo, con incambiable sentido, "eco de la experiencia" o "boca de verdades".

Tan antiguos como la sociedad, su uso concretó apogeo en la Edad Media, suponiendo, incluso, en su "época bárbara", un claro fondo intelectual. A fines del medioevo, toma el camino de la decadencia en cuanto supone normalidad en su empleo.

Verdad incontrovertible su contenido, formalizan una unidad (pese a diferencias de un país a otro) que supone abarque universal.

Desde que don Quijote sale de un lugar de la Mancha (en camino —deseado— a la inmortalidad) "una mañana antes del día" del mes de julio, hasta su "muerte literaria", en el bien decir de Madariaga, nos ofrece la novela un hervidero de refranes, como que Cervantes recurre a ellos para afianzar verdades; para economizar razonamientos; para concretar situaciones; para traducir experiencia.

Ya Cervantes, en el preámbulo a la aventura del "Yelmo de Mambrino", hace hablar a su héroe, entrando en definiciones:

"Paréceme, Sancho, que no hay refrán que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la misma experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice: donde una puerta se cierra, otra se abre".

Y, en novela picaresca con pícaro femenino ("La hija de la Celestina" de Salas Barbadillo) también se le define:

"Bien sabrás que hasta agora, a ningún refrán castellano se le ha cogido en mentiroso: todos son boca de verdades: mas vale la autoridad de uno destes, mayor doctrina encierra que seis sabios de los desta edad".

A esas sentencias, "madre de todas las ciencias", recurre Cervantes poniéndolas en boca de los mas diversos personajes manejados en la novela inmortal y, fundamentalmente en Sancho Panza. Este, caso típico del "analfabeto profundo", tiene en el refrán su arma más expresiva. A veces no sabe explicarse, pero aquel lo enanca siempre.

Así —recordemos— solicitó un día el tan deseado salario. El por qué no se aclara en lenguaje corriente y explicativo. Pero recurre al habla popular y logra traducirse: porque, argumenta, "sobre un huevo pone la gallina"; "muchos pocos hacen un mucho"; "mientras se gana algo no se pierde nada".

Frío y lógico razonamiento. Precisa toma de posición.

—¿Cuál es el primer refrán que asoma en la obra?

La del alba sería cuando don Quijote —armado caballero— salió de la venta y, por prevenciones necesarias volvía a la aldea...

A poco andar oye voces quejumbrosas provenientes del bosque. Vuelve riendas a Rocinante, penetra en aquel y ve a un muchacho (guardador de un hato) al cual azotaba un labrador en tanto le decía: "La lengua queda y los ojos listos".

Apareció el primer refrán de la novela en la primer puesta a prueba del ideal quijotesco.

—¿Y el último?

Cae de la boca de don Quijote, en molde de poética frescura, al declarar ya cuerdo, que "en los nidos de antaño no hay pájaros ogaño".

Dentro de la curva tendida entre el primer refrán en boca del labriego y el postrero en boca de don Quijote ¿cuales espetó Sancho, costal lleno de ellos?

—Cientos!

Y Sancho recurrirá siempre, bien o mal, al refrán (concreción salvadora) y obliga a su Caballero en sus consejos antes de ir a gobernar la Insula Barataria, a exponer:

"También, Sancho, no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles; que,

puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces los traes tan por los cabellos, que mas parecen disparates que sentencias”.

Objeta Sancho que ello Dios lo puede remediar, porque: “...sé mas refranes que un libro, y viénenseme tantos juntos a la boca, cuando hablo, que riñen por salir unos con otros; pero la lengua va arrojando lós primeros que encuentra, aunque no vengan a pelo”...

Luego señala que tendrá cuenta de decir los que convenga a la gravedad de su cargo, por cuanto:

“En casa llena, presto se guisa la cena; y quien destaja no baraja; y a buen salvo está el que repica; y el dar y el tener, seso ha menester”.

Don Quijote, que habíale solicitado excusase refranes y Sancho hecha varios, replica:

“Mira, Sancho: no te digo yo que fuese mal un refrán traído a propósito; pero cargar y ensartar refranes a trochemoche, hace la plática desmayada y baja”.

Obsérvese: el héroe cervantino anuncia, a través de la “plática desmayada y baja”, cómo el abusivo uso y su errónea aplicación va llevando al refrán a una lenta decadencia.

Luego, en el capítulo de la resolución de hacerse pastor, después de enhebrar refrán tras refrán, leemos:

“No mas refranes, Sancho, dijo don Quijote; pues cualquiera de los que has dicho, basta para dar a entender tu pensamiento; y muchas veces te he aconsejado, que no seas tan pródigo en refranes, y que te vayas a la mano en decirlo; pero paréceme que es predicar en desierto”.

Ante ese uso del refrán por el héroe —contaminación mutua y ampliada que ha de ir pronunciándose en el decurso de la novela— Sancho, alegre por tomarlo en supuesta falta, responde:

“Paréceme que vuesa merced es como los que di-

cen: dijo la sartén a la caldera: ¿quítate allá, oji-negra”.

Y don Quijote, profesoralmente:

“Yo traigo los refranes a propósito, y vienen, cuando los digo, como anillo al dedo; pero tráelos tú tan por los cabellos que los arrastras y no los guias: y, si no me acuerdo mal, otra vez te he dicho que los refranes son sentencias breves, sacados de la experiencia y la especulación de nuestros antiguos sabios; y el refrán que no viene a propósito, antes es disparate que sentencia”.

Finalmente nueva protesta del Caballero:

“Basta de refranes, Sancho, por un solo Dios... habla a lo llano, a lo liso, a lo no intrincado, como muchas veces te he dicho y verás cómo te vale uno por cien”.

Y Sancho: “es que no se decir razón sin refrán, ni refrán que no me parezca razón”.

El refrán, por su raíz popular integraba de suyo el decir realista del Escudero y suponía siempre razón. Quedaba, así, autodisculpado de la aplicación errónea de algunos.

El refranero, como medio comunicativo es usado principalmente por Sancho, ya que ello supone “su seguridad y madurez en lo concreto”, que no en balde acude a tales para razonar en el manejo de sus ideas.

Toda una novela de experiencia supondría rescatar el refranero del libro. Tal su aplicación constante por vía de las mas opuestas voces fijadas en la obra inmortal.

Y tal el motivo —uno mas— de disparidad entre Caballero y Escudero, al margen de la fraternidad y la mutua compenetración que los uniera hasta la vuelta a la cordura del Caballero de la Bondad, de permanente vigencia.

J. A. D. A.

El Cumpleaños

Arce, el dueño de la fiesta, era un hombre "bárbaro para la plata". Todo el año explotaba a aquellos pobres infelices que le vendían huesos, papeles, botellas y chatarra. Todo el año, menos el día de su cumpleaños. Este día los convidaba a comer y tomar y se conmovía por cualquier cosa. Una fraternidad y una generosidad sin límites lo desbordaba. Era un día en que se sentía bueno y le tenía lástima a todo el mundo.

Ya habían dado cuenta —él y los miserables proveedores de su negocio— de dos botellas de caña y habían acercado el cordero a las brasas, cuando llegaron con la noticia: Juancito, el hijo de Doña Rosa la lavandera, que vivía del otro lado del cerco de tunas, había muerto.

La noticia los llenó de tristeza. El niño era amigo de todos ellos. Siempre andaba por allí y los días de la celebración del cumpleaños de Arce, solía quedarse largo rato, hasta que éste le regalaba un buen pedazo de asado.

Eran momentos en que algo angélico les ponía discreción en lo que decían, obligándoles a medir las palabras, para no herir la inocencia del niño. Se sentían todos ellos un poco padres de él.

* * *

Un silencio largo les alejó de la fiesta, hasta que el ciego dejó caer estas palabras:

—Mire usted, tantos que estamos de más en el mundo, y muere este angelito...

Arce se paró entonces y dijo:

—Vamos a dejar la fiesta por un rato. Tenemos que acompañar a la madre...

Ordenó después a Luis Pedro que cortara un costillarcito con riñón y todo y se lo llevara a doña Rosa.

Luis Pedro cortó la carne, desparramó las brasas, levantó el resto del asado que quedaba, lo guardó en el galpón, y luego partieron todos para el velorio.

* * *

Aldama, que según don Pedro Correa "estaba medio borracho desde el año que salió el cometa", trataba de consolar a la madre:

—Si tenía que perder la piernita —un camión se la había quebrado en tres partes— casi lo mejor es que se haya ido —decía—... Moría angelito y un angelito podía nacer otra vez...

La mujer seguía llorando sin oírle, y él, ya empujado por su propio pensamiento, seguía monologando:

—Se va un hombre y uno se da cuenta que se va... Una cosa tan grande como un hombre. Los niños no saben que se van...

Arce lo arrastró hacia un rincón.

—Cállese, —le dijo— está desconsolándola más.

Aldama seguía su cavilación llena de angustia. Cuando él se muriera estaría todo terminado porque no tenía familia... Era una cosa que terminaba terminantemente...

Arce le estaba diciendo a la mujer que había que consolarse. Que ella era muy buena y trabajadora y que había hecho todo lo que había podido.

—Usted porque no tiene hijos, usé no sabe lo que era este niño, —contestaba la pobre.

El ciego estaba frente a ella, estirando los brazos, buscando vencer el vacío con las manos para posarlas sobre la mujer.

Fué cuando entró Luis Pedro con la carne.

—Tome, —le dijo— haga el favor...

La mujer lo miró reclamada por la voz nueva, pero no se movió ni hizo un gesto.

—¡Sacá esa carne para afuera! —ordenó Arce.

El ciego había encontrado destino para sus manos. Tocó la cabeza de la mujer y ella la puso sobre su hombro.

Ahora lloraba despacio y sin gemidos.

En ese momento entraron cinco o seis mujeres y empezaron a llorar a gritos.

Arce abandonó la pieza. Le daba rabia oír llorar así.

* * *

Al rato ya estaban todos de vuelta. Consideraban que ya no los necesitaban allí.

Volvió el cordero al fogón y la botella de caña fué dando vuelta a la rueda.

Arce sentía necesidad de hablar de aquella muerte tan injusta, mientras Aldama le escuchaba con su vigilante crueldad burlona. Le tenía mucha antipatía a Arce porque los explotaba, y porque los convidaba una vez al año con asado y caña, y creía que era bueno. Con fingida inocencia lo estaba acorralando, haciéndole pensar en su propia muerte.

—Mire usted, —dice—, qué cosa más misteriosa. Gente llena de recursos, con remedios de siete pesos el frasquito, en una de esas se va...

Arce sorbe un mate, la cabeza baja, mirando la tierra.

—La muerte es cosa interminable... Una cosa que no termina nunca.

—Lo que no se terminan son los vivientes —dice Luis Pedro.

—No se terminan para los demás... Cuando usted se termine, para usted se terminó. Y usted haga de cuenta que con usted se termina todo. Todito... ¿No le parece Arce? —preguntó.

La caña parecía aclararle las ideas, en tanto que a Arce se le iban oscureciendo.

—Bueno —dijo éste—, vamos a dejarnos de bobadas. Hay que comer y chupar a discreción, total... Yo pago lo que sea...

Aldama, implacable, terminó:

—A veces los cumpleaños sirven pa contar la vejez... Yo festejo el de los otros... No sé cuándo nací y no festejo nada.

Miró la botella casi vacía. Bebió un trago y dijo:

—A ésta también le queda poca vida...

* * *

Se acercaron a la parrilla chica donde estaban las achuras.

Sentados allí el negro Caravia y el ciego sostenían una conversación seria, iniciada hacia buen rato.

—La mortandá de niños tiene que venir, —decía el negro— ¿no vé que si no sería un disparate?

—Callesé Caravia —respondió el ciego—, yo no lo puedo oír hablar así... Ni perro tengo por no llorar muertes... No tengo nada y lloro toda muerte... A ese cordero asao yo lo veo con lanita, saltando, lo más lindo...

—Ustedes —interrumpió Arce— parece que no quieren verme contento... Parece que no han venido a festejar...

—Antes de vernos con cuatro velas es mejor comer y chupar —terció Aldama.

Luis Pedro llena la fuentecita con las achuras y se vuelve al fogón grande seguido de Arce y Aldama.

—Cosa que no me gusta velorio sin vela... La electricidad para velorios es una porquería. Los mejores velorios son los de los desgraciados como nosotros, con velas de almacén no más...

El ciego se paró.

—No tengo ganas de fiestas —dijo...— Me voy al velorio.

—Yo lo acompaño —dijo Caravia.

Pasaron frente a los otros. Aldama dijo, dirigiéndose a Arce:

—¡Mire qué fiesta!... Los hombres se van pa el velorio.

Nadie respondió.

Tras un silencio volvió Arce:

—¿Ustedes creen que esos sufren más que yo? Yo quisiera ser doña Rosa en este momento... Me gustaría llorar alguna cosa... Lo que pasa es que no puedo.

Luis Pedro es el que responde:

—Hay hombres así:... En cambio el ciego dice que él, si no tiene tristeza, no está contento.

—Sí señor —dice Aldama dirigiéndose a Arce—. Usted es un hombre que es usted y nada más... A usted no le tiene lástima nadie...

Arce volvió a beber caña. Sentía que era un desgraciado

porque nadie le tenía lástima y terminó echándole la culpa a los otros, de que él fuera como era.

—Yo les pido de favor que me ocupen... Que me pidan cualquier cosa... Soy un hombre generoso... Ustedes no saben cómo me gustaría ser infeliz como ustedes... ¿Ustedes creen que me acuerdo que esta fiesta la pago yo? ¿Eh?...

Tomó otro trago.

—Vamos a dejar la fiesta otra vez —dijo.

Y se dirigió a Luis Pedro:

—Llévate toda la comida pa tu casa... Hacé de cuenta que vos pagaste todo.

Luis Pedro empezó a meter la carne en una bolsa. Arce se había quedado agotado. Daba lástima verlo así, tan abrumado de tristeza.

—¿Y ahora —preguntó Aldama— qué vamos hacer?

—Usté se va y compra una corona de diez pesos. Le pone una trajeta y la lleva... Póngale en la tarjeta el nombre de todos... Que no quede nadie... Mi plata es de todos...

Aldama recibió el dinero. Luis Pedro terminó de llenar su bolsa.

—¿Vamos? —dijo.

Los dos partieron. Arce se quedó solo, verdaderamente solo, más allá de la soledad sin gente.

* * *

Entró en el galpón donde todo —hierro, trapos, latas— era viejo, miserable, oscuro y triste y sintió otra vez que estaba solo, dejado por los demás. Más solo que los otros que algunas veces se sentían infelices, pero que siempre tenían a otro infeliz cerca, para apoyarse.

Entonces no pudo más. Cruzó el fondo, salvó el cerco de tunas y entró al velorio con la ilusión de encontrar al ciego y sentarse cerca de él.

<p>Casa</p> <p>Hernández Hnos.</p> <p>Independencia 821</p>	<p>Banco de Florida</p> <p style="text-align: center;">•</p> <p>Independencia 718</p>
<p>Escritorio Contable</p> <p>Montaldo-Alvarez</p> <p>U. Barreiro 480</p>	
<p>Mueblería</p> <p>"La Americana"</p> <p>Independencia y Barreiro</p>	<p>BARRACA</p> <p>"Palermo"</p> <p>J. E. Rodó 470</p>
<p>Bazar "Capri"</p> <p>A. M. Fernández 850</p>	<p>Marinero</p> <p>Artículos para hombres</p> <p>Independencia 640</p>

PROFESIONALES

Dr. Jacobo Zibil Médico A. M. Fernández 504 - T. 170	Angel Spinelli Arquitecto Baltasar Brum 867
Dr. Juan A. Riva Médico J. E. Rodó y A. M. Fernández Tel. 111	Alberto Riva Buglio Contador Independencia 828
Dr. Alfredo González Médico A. M. Fernández 622 - T. 97	Julio Alzati Escribano A. M. Fernández 582
Dr. Marcos Schwartzmann Médico Gallinal y Cardozo - Tel. 596	José Luis de Crecenzio Escribano J. I. Cardozo 377 - Tel. 516
Dr. Alberto M. Rosselli Médico J. I. Cardozo 436	José L. Mattos Escribano Independencia 786
Dr. Raúl E. Rodríguez de Vecchi Abogado Independencia 490 - Tel. 315	Dr. Wilson R. Monti Grané Veterinario Dr. Guglielmetti 644
Dr. Daniel Susena Dentista J. I. Cardozo 436	Teresa Lamaita de Maquioli Obstétrica A. Gallinal 440

BANCO DE CREDITO Sucursal Florida Independencia esq. Rivera	Caja Popular LA PIEDRA ALTA Independencia 792
Joyería y Bazar "El Mundo" Independencia 636	Vicente M. Bruno Giani Constructor U. Barreiro 367